

Arquitrave



Jorge Zalamea Borda • Alejandro Padrón • Marianne Larsen
Humberto França • Alex Fleites • Francesco Simonelli
Jorge Fernández Granados • Rocío Cerón

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

<http://www.arquitrave.com>

suscriptores@arquitrave.com

ISSN: 1692-0066

Año IV # 24

Abril de 2006

Jorge Zalamea Borda

Harold Alvarado Tenorio



Jorge Zalamea (Bogotá, 1905-1969)¹ es junto a León de Greiff, Aurelio Arturo y Luis Tejada, la otra gran figura de la llamada Generación de Los Nuevos. Vástago de una familia aristocrática, su padre, Don Benito Zalamea, contabilista de la empresa de energía, fue un típico bogotano del siglo XIX, hombre de saber, comprensión y justo sentido de las cosas y la existencia, de quien heredó un orgullo y una honradez a prueba de fuego.

Zalamea fue el más joven del grupo. Voraz lector, dueño de un carácter sin par que lo acompañó toda la vida, sus primeros escritos fueron publicados cuando tenía escasos 16 años y las crónicas de la época hablan de su combatividad y arrojo para

debatir las ideas de los contertulios del Café Windsor, donde junto a León de Greiff, que luego sería su más entrañable amigo, deslumbraba por su insolente y aguda inteligencia.

«*Jorge Zalamea recordaba en su juventud, ha escrito Álvaro Mutis, a un altanero Dorian Grey. La imponente de sus rasgos regulares y aristocráticos, la belleza de sus manos elocuentes y el timbre sonoro, lleno, profundo, cálido y varonil de su voz, se hicieron muy pronto más conocidos en Bogotá que sus dotes de escritor, como sucedía siempre en el ambiente municipal y espeso de nuestras soñolientas capitales.*»

Vinculado a una compañía de cómicos viajó por Centro América y en Costa Rica publicó *El regreso de Eva* en 1927. Luego visitó España, Francia e Inglaterra y sirvió en la embajada de Colombia en Madrid y Londres y más tarde fue secretario general y ministro de educación del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo y embajador en México e Italia en su segundo mandato. En aquel Madrid de la Residencia de Estudiantes conoció a Federico García Lorca, Pedro Salinas, Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Juan Larrea, Rafael Alberti o Dámaso Alonso. A Lorca le unió una entrañable amistad, que ha quedado registrada en tres cartas consignadas en las obras completas del andaluz.

En México descubrió la poesía de Saint John Perse, con quien se identificó y a quien prestó su voz de manera ejemplar. En 1948 regresó a Colombia y dirigió la revista *Crítica* (1948-1951), donde publicó *La metamorfosis de su excelencia*, texto que causó la censura de la misma por parte del gobierno de Mariano Ospina Pérez. Al caer asesinado, el 9 de Abril de 1948 Jorge Eliécer Gaitán, participó en la revuelta popular al lado de Gerardo Molina, Diego Montaña Cuellar y Jorge Gaitán Durán, incitando, desde la Radio Nacional, al pueblo a la rebelión. Luego partió al exilio en Buenos Aires donde publicó *El gran Burundú Burundá ha muerto* (1952), -una

deslumbrante sátira contra los tiranos, con secretas referencias a la violencia colombiana- y tradujo a numerosos autores contemporáneos, entre ellos a Paul Valery, Jean Paul Sarte, T.S. Eliot y William Faulkner.

En 1952 Zalamea fue nombrado en Viena secretario del Consejo Mundial de la Paz (1952-1959). Hizo entonces numerosos viajes por Europa y el Oriente y en 1957, en Benarés, frente al Ganges redactó la primera parte de *El sueño de las escalinatas*, que publicaría en 1964. Murió en Bogotá el 10 de Mayo de 1969 mientras servía como director de un taller de escritores y profesor de la cátedra de poesía en la Universidad del Valle.

«Zalamea no pudo, ni en su juventud ni en su madurez,-sostiene Helena Araujo- dimitir de un elitismo que su natural suficiencia, acentuada por una ventajosa apariencia física, incitaban a la superioridad. Sus diatribas contra los poderosos, su defensa de los humildes, su andamiaje de justo exiliado, calumniado y ofendido, su necesidad de público y de aplauso, eran en realidad reflejos de un individualismo cuya excesiva autovaloración fomentaba nociones de grandeza y persecución peculiares a las personalidades de tendencia paranoica. Dentro de la política, su «nobleza» de ideas lo llevó a ejercerse «por lo alto», en el reino de lo bueno, lo bello y verdadero. Platonismo que ni la labor educativa de su juventud ni la producción poética de su madurez logró identificar con liberales que le hallaron demasiado ajeno a la mentalidad electorera o comunistas que le supieron siempre ausente del partido».

Aún cuando Zalamea se destacó en su juventud como un difusor de ideas culturales y educativas, cuando descubrió la poesía de Saint John Perse sus intereses fueron variando y comenzó, tras las persecuciones y exilios, a escribir una obra que si bien podría inscribirse dentro de lo que se llamó «poesía militante», su rasgo definitorio fue la brillantez y belleza de su expresión. Eso es lo que deja hoy una lectura de textos

como *La metamorfosis de su excelencia*, *El gran Burundú*, *Burundá ha muerto*, *El viento del Este* y *El sueño de las escalinatas*. Como sucedió con la poesía política de Neruda, o con cierta poesía típicamente modernista de Darío, la de Zalamea vive hoy gracias al tono que inventó para hacerse oír contra la opresión y los horrores de su tiempo. Hay quienes han dicho que su voz fue aprehendida en Perse, pero quizás suceda mas bien que fue Zalamea quien donó a aquel sus melodías y quienes oyen o leen no lo recuerdan. Hernando Valencia Goelkel sostuvo que encontraba mas legibles los poemas de Perse en el español de Zalamea que en el original, y agregaba: «*La versión de Zalamea casi nunca es preciosa; es él quien hace creer que el verso de Perse es para leer en voz alta, que puede decirse litúrgicamente, ritualmente, en un ceremonial incantatorio, colectivo y mágico*». Y fue precisamente eso lo que hizo Zalamea con sus extensos poemas: rescatar el arte milenario de la lectura en voz alta, para grandes auditorios, donde la palabra, *flatus vocis*, hace evidentes los signos del texto. Esa fue su gran contribución a la literatura de esta parte del mundo, así los críticos officiosos sigan leyendo mas en sus asuntos que escuchando las melodías de sus poemas.

Como se sabe, tanto en uno como en otros poemas, Zalamea entabla, o una denuncia de los males causados por los poderosos, o celebra una esperanza en el mañana merced a los cambios sociales y morales que podrían suceder en la historia. Pero no vende a quien oye verdad alguna ni impone una tesis. Es la sustancia de la ira, la voz del profeta que castiga la maldad, lo que retumba en su dicción. Otro tanto puede decirse de su *Cantata al Ché* o *Imprecación del hombre de Kenya*: es la recóndita voz de los humillados y perseguidos quien nos habla. Como ha dicho Helena Araujo, luego de un juicioso estudio de la obra del proscrito, después de oír o leer sus poemas, «sucumbimos ante el poderío de un idioma

opulento y emocionado. Será la imagen brillante, sensual o barroca lo que le exalta y fecunda, no su posible transposición ideológica. Si en *El gran Burundú Burundá*, teníamos un discurso retórico con ambiciones poéticas, en *El sueño de las escalinatas* tenemos un discurso poético que rehusa hacerse plenamente demostrativo».

«Jorge Zalamea y Jorge Gaitán Durán han sido, dijo Alvaro Mutis con ocasión de la muerte del gran vetado, las únicas voces ariscas, indomeñadas e infatigables que han lanzado a todos los vientos, no solamente la protesta contra las condiciones que abruman a su patria, sino el testimonio lúcido, infatigable y sin compromisos de cómo esas condiciones asfixian toda posible voz inconforme y liman en la conducta de las gentes, toda posible aspereza que no se ajusta al manso molde que conviene a quienes han determinado cómo se debe vivir en Colombia»... «El día de su entierro, sus compañeros de generación, poetas, periodistas y políticos y todos los que luego le precedieron en las mismas lides y aficiones, estábamos allí presentes, confundidos en un dolor común y en una común conciencia de culpa por no haber sabido cumplir con esa solitaria y perpetua condición de protesta, que el tratara de inculcarnos a través de una vida ejemplar y de un destino inconforme y soberbio.»

(1) Véase Helena Araujo: *Jorge Zalamea* en Eco, N.º 161, Bogotá, 1974 y Álvaro Mutis: *Zalamea visto por Álvaro Mutis*, Semanario Cultural, Cali, 14 de Julio de 1976.

El sueño de las escalinatas

Jorge Zalamea Borda

Como los lectores de libros sacros, los pregoneros de milagrerías y los loteadores de paraísos y nirvanas, también yo he de sentarme de espaldas al río, frente a las escalinatas plagadas de creyentes y obsedidas por dioses vivos y muertos; frente a los templos de ladrillo y cobre sobre cuyas escamas la luz hierve y crepita; bajo los empinados palacios en cuyas azoteas cunde la algarabía de los monos.

También he de llamar a los creyentes para que formen corro en torno mío, y me escuchen.

Pero no he de leerles milagros de dioses, ni hazañas de héroes, ni amores de príncipes, ni proverbios de sabios. Pues respondiendo a lo que viera el ojo, el duro brazo de la cólera arrebató el libro abierto sobre mis rodillas y lo destrozó contra el viento. Y ahora el viento dispersa sus hojas sobre el río, como ahuyenta el huracán a una bandada de pájaros de mal agüero.

¡Ah! he repudiado el libro. He abolido los libros.

Sólo quiero ahora la palabra viva e hiriente que, como piedra de honda, hienda los pechos y, como el vaporoso acero desenvainado, sepa hallar el camino de la sangre. Solo quiero el grito que destroce la garganta, deje en el paladar sabor de entraña y calcine los labios profirientes. Solo quiero el lenguaje de que se hace uso en las escalinatas.

Pues tengo el designio, ¡oh creyentes! de abrir audiencia aquí, sobre las escalinatas, de espaldas al río, frente a los templos y bajo los palacios.

Designio de incoar un proceso —el vuestro—; de armar un alegato —el vuestro—; de reanudar, fomentar y dirimir la más antigua querrela — la vuestra.

!Apelo a vosotros, creyentes! Necesito de vosotros y todos los seres de condición contradicha.

He aquí, pues, mis citaciones a esta audiencia:

En primer término, cito a los hongos humanos que proliferan sobre las escalinatas o agonizan en ellas:

Esculturas vivientes, gesticulantes y gimientes que abren avenida hacia la abierta sala de nuestra audiencia:

el adolescente epiléptico que hace precipitar el ritmo de las plegarias con su alarido de entusiasmo y su bramar de espanto; el enano que salmodia su irreparable mendicidad

bajo el lujo de su enorme turbante amarillo;

el paralítico que con sus tablillas ambulatorias, remeda sobre la sorda piedra la invitación de las castañuelas a la

danza; la leprosa que, mendicante, púdica, coqueta,

desesperada exasperada, cierra o hace flotar el vuelo violeta de su manto sobre su desleída carne gris;

el niño que pone al sol los coágulos azulencos de sus descompuestos; el hermoso mozo mutilado por sus propios padres para que la muda y desnuda plegaria de sus muñones le garantice el pan de cada día;

el demente, el sifilítico,

el calenturiento,

el idiota,

el varioloso, el pianoso, el tiñoso,

el sarnoso, el caratoso,

el tuberculoso,
y toda la horda innumerable de los consuntos.

Que vengan aquí, que se acucillen en primera fila, muy
cerca de mí para que su yerta brasa haga borbollar las
palabras en mi pecho hasta que broten de él lenguas de
fuego.

Pues quiero desatar un gran incendio.

Doy luego precedencia en mis invitaciones a las gentes que
viven un poco más allá de las escalinatas, detrás de los
templos y los palacios:
las muchachas que acarrear las arenas y reciben en pago de
su afán minúsculas hojuelas de estaño;
los vendedores de leños para las piras funerarias;
los vendedores de tierras de colores para los tatuajes de la
casta y el rito;
los vendedores de rosarios de sándalo, nueces o vidriería
que amansan la ira e inoculan la resignación;
las niñas que venden guirnalda para adornar las esquivas
gargantas del río; las niñas que venden diminutas almadías
de paja con dos velillas encendidas para ofrendar al río;
las solitarias abuelas varicosas que exponen con tímido
orgullo, sobre un pingajo de saco, seis nueces, cuatro
pimientos rojos y un mango marchito;
los escribanos que copian la letanía de las miserias
iletradas: de la madre que busca al hijo para que le dé un
sudario; de la niña abandonada que no quiere perder el cielo
del pecho de su amante; del jornalero que clama contra una
justicia de expropiadores;
los vendedores de tortillas; los vendedores de especias;
los vendedores de hojas de betel;
los vendedores de buñuelos en que se arraciman las abejas;

los vendedores de emplastos; los vendedores de pájaros;
los vendedores de bálsamos y laxantes;

los vendedores de ceniza;
los vendedores de sal;
los vendedores de agua...

¡Oh delirante confusión del comercio de las cosas más
nimias y necesarias! El comerciante cuenta en fracciones de
rupias sus ganancias y el comprador irrita su propia
hambre con un puñadito de garbanzos o recontados granos
de arroz.

Que abran el parque de los profetas y los dejen venir hasta
mí, con sus salientes ojos alucinados, sus arremolinadas
greñas, sus barbas cundidas de piojos y sus inciertas
piernas de ebrios de Dios. Que los dejen llegar hasta
nosotros, pues necesitamos su testimonio. Su demencia
corroborra nuestra razón y sus palabras nuestro designio.

¡Crece, crece la audiencia! Hay ya silbos de llama en la
brasa.

Que vengan también el herborista y el sacamuelas; el botero
y el guía; el alfarero y el tejedor de mimbre; el astrólogo y el
sastre; el homeópata y- el acupuntista....

las mujeres que trituran las piedras al borde de las
carreteras;

los ancianos que rasuran el vello amarillo de la tierra
secana;

el niño tuerto que teje los saríes de púrpura y de oro; los
hombres que tiran de los carros cargados con grandes
vasijas de gres;

los encantadores de serpientes;
los cornacas;

los colectores de boñiga;
los niños que pastorean jabalíes y búfalos;
los hombres que cuidan de los monos en los templos
olorosos a orina y benjuí;
los remendones de babuchas;
los barberos que, en cuclillas, rasuran y tonsuran a sus
clientes entre las ruedas locas de los *rickshaws*; los mozos
de tiro de los *rickshaws*: los Ganímedes de leche de coco; los
trenzadores de cuerdas;
los basureros y los recogedores de colillas; los esquiladores
y cardadores; los camelleros y burreros;
los poceros y los pregoneros;
los estafetas y las plañideras;
la mujer que tuesta los garbanzos; la que cuece el arroz;
la que sabe parar los flujos;
la que maquilla a la niña impúber;
la casamentera y la amortajadora;
los que baten el cobre, los que graban el cobre, los que
nielan el cobre...
y los incineradores de cadáveres,
y las parteras de la miseria recién parida!

¡Oh lancinante algarabía de los humildes menesteres! Y de
los bajos oficios. ¡Oh inacabable necesidad de las manos que
ofrecen su trabajo! ¡Oh codicia fatal de las manos que
reciben el trabajo!

Crece, crece la audiencia

Alejandro Padrón

Escolios

Verborrea

No me refiero al verbo robar en su conjugación gramatical.
Hablo sobre todo de su modo de empleo en la sintaxis
cotidiana de quienes lo ejercen.

Formas diversas

A uno de los pobres del barrio lo mató una bala perdida.
A otro lo sepultó el hambre.
Y al último, lo consumió un ataque de promesas.

Gastronómica

Con un grotesco pan de jamón de palabrotas, utilizando salsa falsaria, mayonesa calumniosa o mostaza abusiva, se inventa un emparedado para aplacar el hambre de los embelesados. Hay quienes ya están hartos de la misma merienda, otros fruncen el ceño y los demás resisten en silencio. En la perorata dominical hay cada vez menos comensales y algunos muertos de hambre,... y de miedo, quizás. Que se lo digo yo que pertenezco al Consejo de Ministros.

Nuestro turno

No es ni siquiera una crítica, se trata de una simple observación: los conocí como transeúntes modestos antes de su viaje al futuro. Ahora son androides con cuentas de dígitos inextricables. Se han vuelto viajeros de *week-end* en naves particulares hacia ciudades fantásticas. Están en su legítimo derecho, -dicen algunos: ¡cómo iban a morir sin vivir el placer y la lujuria de sus adversarios pretéritos!

Equilibrio

Para el señor dueño y amo del poder, el odio es un potencial elemento autorregulador del ecosistema de los pueblos. Por eso ha ordenado a sus más cercanos colaboradores la fundación de una factoría de *microchips* para alojar en lo más intrincado de los lóbulos, el elemento en cuestión.

Garantía única de la buena marcha del proceso,
-esto pensé al verme en el espejo sin entender por qué la frente me dolía tanto.

Marianne Larsen

Florece un espino blanco

Florece un espino blanco

Ruidos de autopista
a lo lejos

La visión de cabritos vacilantes
con ruedas bajo las pezuñas

Un fiordo parpadea

Una comunidad cargada de emoción espera
muy adentro en el aire un lugar en la tierra

La pradera

La pradera actúa esta noche como lo esencial
y de lo que conversamos esta noche
trata por eso
de tallos y chorrillos y ranas
e insectos y huevos y mirlos
y falta de temor a los contratos de trabajo
de alquiler y otros contratos

Esta noche
un poco lejos de nosotros pasan niños
de la mano de sus adultos

Es una pradera
hay por cierto en ella una gran ciudad

Sondeo de opinión

¿Cuál es tu posición con respecto a la luz matinal?

¿Apruebas las direcciones del viento?

¿Es correcto que alguien sueñe de color
o debería prohibirse?

¿Es que pueden aguantar acaso los entes atómicos
mundiales que las brisas y las bandadas de pájaros sigan
yendo y viniendo?

¿Qué piensa usted de un veneno como el acónito de
invierno?

¿Podrá tal vez ser buen negocio mirar
con la vista perdida por encima de un mar?

¿Hay suficientes estrellas en el cielo?

Insumiso

¿Quién crees que eres, para poder vivir sin comida;
beber sin taza; vivir sin casa?

¿Quién crees que eres, para poder viajar sin salvoconducto;
dormir sin despertador; sonreír sin dentífrico?

¿Quién crees que eres para poder tener amigos sin mentir;
usar las carreteras sin pagar; usar la luz sin encenderla?

¿Quién crees que eres para poder llenar formularios
sin proporcionar datos personales;

llevar joyas sin estar asegurado; ver películas sin pantalla?

¿Quién crees que eres para poder sentirte en casa
sin tener una habitación de la que te pueda echar un
abogado; viajar sin un vehículo al que la policía le pueda
quitar la placas de matrícula; disfrutar de refrescos fríos
sin nevera de la que escapará el frío;

celebrar tu cumpleaños sin un registro civil que pueda
mostrar que los alrededores están llenos de otros datos
como tú?

¿Quién te crees que eres para que nadie te engañe en tu
huida del poder?

Fábula

Cuando la gente se despierta por la mañana en sus aisladas células familiares con un raro sabor de canciones de libertad en la boca, se despierta también su vacío.

E inmediatamente el vacío empieza a alegrarse de ver a la gente desaparecer en la oscuridad camino de las máquinas que esperan para poder tener las habitaciones y cosas de la familia para él solo.

Espera invisiblemente tenso.

Cuando está seguro de que todos, la madre y el padre y los niños, se han marchado, salta como un duende de una caja y se pone a fisgar y a mandar.

Nadie sabe lo perverso que es el vacío.

El vacío que se queda en las casas privadas cuando la gente ha salido. Fisga las cartas y los armarios de la gente, se prueba toda la ropa, mirándose y remirándose en todos los espejos. El vacío tiene luz verde cuando la gente no está en casa. La gente odia al vacío y el vacío odia a la gente.

El tiempo que están obligados a estar juntos es un tormento. Pero cada uno se traga sus propias aversiones. El vacío se las traga porque sabe que le espera una mañana feliz cuando la gente desaparece de su vista todo un día de trabajo.

Pero por qué se guarda la gente su aversión por el vacío en su interior, ellos no siempre pueden esperar una alegre mañana lejos de él en la oficina y en las fábricas.

No, pero en las fábricas pueden aprender a estar unidos, y cuando están unidos no notan tanto el vacío.

La gente habla siempre de unirse para alejar el vacío de sus casas y trabajos.

Humberto França

La batalla de la eternidad

Naves destruidas-
De las batallas fatídicas, las noticias.
El horror de los que regresaron,
la honra de los muertos profanada.

En el puerto, donde aguardas,
yacen los siervos lastimosos,
los sacerdotes humillados,
las vanas promesas de reparación.

Insomne, las vestiduras al viento,
sin inútiles lamentos,
contemplas tu océano.

Tus proyectos te destruirán.

Arden los monumentos.
Huyen, sin rumbo, los guerreros.
Fuego, caos-
ruinas de tu ciudad amada.

Resta el odiado exilio,
el recuerdo de los monumentos,
cuando perdiste,
por perfidia de los sabios,
por malhadados cálculos,
la batalla de tu eternidad.

Hoja intocada

Es delicioso ver un ave sorber el agua de la fuente.
El sol correr en el espejo,
la llama crepuscular despertar al felino que sueña.

Es delicioso ver cómo el mar lava un peñasco.
Y la extraña criatura canta en las profundidades,
con sonidos imperceptibles.

El ganado que, mansamente, se acuesta en las sombras
de la tarde y mueve, en silencioso rito, los cuernos hacia el
sol, para comprender la luz
que declina al anochecer.

La leona toca, con el hocico frío, el barro tibio,
presiente en el aire la presa que pasa, distante.
La gacela que salta hacia la muerte, altiva y veloz
y los pájaros tardíos, sobre nidos flotantes.

Es delicioso ver la lechuza barriendo
la solitaria campiña, con nítido mirar
y la serpiente anidar en la templada roca.

Ver al perro, en soledad, dormir a los pies,
el rumor de una carne plena de sí misma,
y la mano exhausta que descansa
en la intocada hoja.

La noche de un día

Las hojas secas recubrían el lodo.
El lago dormía y croaban los sapos.
Tu mano se posó en mi costado,
una extraña antorcha ascendió en nosotros.

La luna, entre los arbustos,
espiaba tu cuerpo.
La piel en sueños,
al movimiento de la marea
en nuestra sangre.

Rápidos, los ojos de los felinos huían,
al percibir que hablabas,
sin que los labios se movieran.
Hasta que la madrugada abandonó el lago
y las luces nos encontraron muertos.

Perfumes

Tu mirar tiene perfumes.

Tu cuerpo está hecho de olores.
Esencias en las manos.
En los senos morenos, sándalo.

Del flanco emana un magnífico olor.
Dátiles aromáticos en los labios.
Perfumes de tu piel y de tu sangre,
aromas de tu cuerpo y del alma
en la incendiada carne-
en el cuerpo exangüe.

Sangre en el alma

Sangras en mi alma,
como un río fuera de cauce.
No llevaré la mano al pecho
en señal de arrepentimiento.
No elevaré una plegaria
a tu dios de pies de barro.

Y como quien asume un reino devastado, clamo,
sangras y más aún,
porque no creo en lo que afirmo
y mi boca está herida.

Alex Fleites

Sobre la belleza

Es bello
el colibrí
–sus alas
tornasol,
su pequeño
corazón
irradiante–
detenido
en pleno
vuelo

Es bella
la buganvilla
que
sobrevivió
a los escasos
días que duró
el invierno
–invencible
entre las hojas
pardas,
sostenida
apenas
por la rama
que terminará
quebrándose–

El colibrí
ha venido
a libar
precisamente
en esa flor,
a destruir
su precario
equilibrio

¿Será
que la belleza
no puede
dejar de
alimentarse
de sí misma?

Primeras noticias del derrumbre

Al techo de la casa
le han salido manchas de humedad
Si se miran bien, dos rosas inconclusas
aunque también dos rostros,
dos pámpanos marinos
y hasta dos soles negros
sobre nuestro breve cielo
de estar cómodamente acongojados

Mañana alguien, diligente,
va a reparar las lozas
que la lluvia cincela,
y cobrará por ello
un precio intolerable

Nada va a quedar
del presagio de las floraciones
Olvidaremos, por un tiempo,
el inaplazable comienzo del derrumbe

Es momento para hablar de hombre a hombre

Los que no creemos en el cielo,
los que ciertas noches de sables cruzados,
mosquetazos detrás de las palmeras
y quejidos de horcones
que malamente sostienen la casa,
pensamos que, después de todo,
no estuvo tan mala la función;
si nos mueve un presagio,
apenas somos asistidos
por tres golpes quedos
en la puerta o la mesa;
y ante la falta de noticias del hijo,
nos asalta el recuerdo
de la pata del conejo que quedó,
desangrándose, en la trampa

Que no creamos en el cielo
de ningún modo quiere decir
que no queramos entrar al cielo,
ese blando lugar donde
está prohibido envejecer,
no mueren los amigos,
no hace falta el pan,
ni hay que perseguir mujeres

Ah, el cielo. Cualquier cielo
Que uno pueda ser, sin más,
pastando nubecitas
Y el vino grueso
no sea alegoría
de la sangre de nadie,
y un dios aguafiestas
no nos mire
por el ojo de la cerradura

Para Orestes Gaulhiac

La poesía de Francesco Simonelli

Patricia L. Boero



*Soy un efímero y no demasiado descontento ciudadano
de una metrópoli que se cree moderna...*

Arthur Rimbaud

*La meta es el olvido.
Yo he llegado antes.*

Jorge Luís Borges

La lectura se inclina. La lectura se adentra. No es una cuestión de reverencias sino de disponer el oído. Los pasos se fugan, la fruición va tras ellos. En el medio, el reverbero; errancias que se interceptan. Y la inquietante cercanía, la proximidad extrañada. La fuga del poema insiste en el retorno: el de quien lee al territorio de la justa transparencia, esa condición que no revela sino que deja vislumbrar.

Así las siete estaciones que ofrece **De los mismos pasos**, de Francesco Simonelli. Siete estaciones que son a la vez tránsito y marca, soliloquio y llamada, pensamiento riguroso y ensayo desanudado.

Es inevitable la paradoja. El sueño de la palabra también produce vértigo. El poeta sostiene el vértigo y hace del sueño de la palabra una epifanía donde decir-se en el rastro y desdecir-se en la afirmación es aún posible: historia que pulsa sustrayéndose, escorzo que redimensiona las virtudes de la mirada pero sobre todo, movimiento de fuga tras las huellas del *nombre inasible*.

Su virtud es interpelación: poner en juego los bordes siempre elusivos del poema sometiendo las palabras a sus propias fricciones y fruiciones, a su desesperación y su ironía. Decir, como quien edifica con fragmentos: escritura del frágil hacer pie, donde las preguntas devienen interrogantes y las respuestas no eluden su faz provisional.

Francesco Simonelli fue, entre cosas, arquitecto. De allí que **De los mismos pasos** tiene también a una evocación primera: Babel. El sueño de los constructores de edificios que se derrumban junto con la unidad originaria de quienes se entendían por pulsar la misma música. Más allá de los referentes puntuales, no sólo es tentación sino certeza: la primera edición de este poema, realizada en Internet, ostenta un Bruegel elegido por el autor. La conversación que compartimos en ocasión de aquella, discurrió entre dos orillas: Babel como sentencia, Babel como posibilidad. Creíamos en

la segunda: la posibilidad de la diferencia, de la búsqueda, la multiplicación de los registros, los intrincados caminos de la polifonía, la seducción del fragmento.

El poema testimonia. De esos fragmentos nace esta voz. Quebrada a veces, extraña otras, íntima consigo misma. La voz recolectora dibuja su paisaje, la geografía de sus materiales. Se dispone en 'layers' como metáfora arquitectónica de la ciudad interior. Nos seduce sin enfatismos, nos vuelve habitantes siempre en vela.

Cuando la voz de un poeta calla para siempre, aún permanece algo de sí que continúa diciéndonos. En el silencio de una noche clara, le soñamos a Francesco un encuentro con la fuente, la cifra revelada. A nosotros, contra el olvido, nos queda el *volver a escuchar* de su *volvemos a decir*:

'Poema: materia esquivada, hecha de instantes. Derroche humilde. O escondite alambicado. Para sus amantes, la osadía y, una que otra vez, el don de una comunión afortunada. Dibujos del sentido *sentido* vislumbrándose promesa'.

Francesco Simonelli

Estación en tránsito

I

La noche del día séptimo, el amigo de tus sueños despertó
tras prolongada faena.

Derramó una mirada mientras recogía oscuridades.

Pronunció:

de bienes y males, todo, imposible.
De verdades y mentiras, todo, seguro.
De mis palabras, otras, y nada.

Eso dijo, eso calló.

II

El día noveno fue rabioso
la llamó hiel
su boca amarga
fugó otros lamentos

ninguno comprendió

III

La primera noche del menguante
logró divisar Venus
no recuerda si era crepúsculo
no recuerda tampoco la mañana

Ese día habló mucho
ejerció la simetría del escaso decir

Pero en el momento exacto
deslizó su mejor silencio

IV

Fue luna nueva
fue creciente
hubo plenilunio

Fue retórico en espejos
derramó palabras plateadas

Sin vergüenza
fue tonto
fue feliz

No se dio cuenta ni le importó

V

El día más largo
prolijo en arenas
decidió contarlo
Lo agotó lentamente sin culminar la tarea

VI

Diez veces pasaron siete días

bajo una tormenta acompañó a la hoja seca
decidió que rayos y grises
el viento rabioso
la noche enconada
propiciaban la herejía

Elucidó fórmulas arcanas mientras la hoja empeñaba
sus nervaduras angostas en savia imposible

Dos días pudrieron su milagro

VII

Despertó sin tiempo ni huella
despertó rizo
despertó onda, sentido frágil
sucesivo verbo
Sé bien que nombras
mis trabajos estériles

Y no ignoras la alegría
de la derrota... ajena
¿acaso así honras al destino?
¿acaso del silencio es la alegría?

Apenas míseros
tu lenguaje, tus feroces escrúpulos

VIII

Se devolvió a un día que quiso otoño
crujir sepia y rojo
voces lentas, ramas filigranas
nebulosos grises acerados

Dejó la lluvia
intimar su piel
se abandonaba a ser agua
paciencia vegetal
nostalgia de arcilla

Aquella era la jornada
llegado el tiempo
de hacerse propicio
hundirse antes del invierno
esperar otro calor
callar, dormir,
abandonar calendarios
insistir en ciclos
demorar un seguro despertar

IX
Un desequilibrio
siempre es necesario
para volver al centro

Jorge Fernández Granados

Celebración

Dolor y belleza. Aparecida en la memoria de un augurio, estremecida, resto de una complicada catástrofe en los mapas de la noche, fundas la llama en la madera, el rostro ante la llama, los rostros que se miran y recuerdan. Lleno de una ofrenda me desdigo, nombro la hierba hasta algún verde inverosímil, labro en mi templo los guijarros de tu sueño.

* * *

Limpia del afán de los que ruegan, apenas me adormece tu rodilla, la apetencia de luz que dan tus ojos, tu cuello aprendiz del mármol y la uva, el álgebra de sombras negras de tu pelo. Tibia simetría de curvaturas pensadas por el dios de la materia.

* * *

Gota de una lluvia que te moja desde antes de nacer, tu palabra me recuerda un pájaro en la niebla que se aleja. Templada en la resina de las premoniciones, nave de los viajes diminutos, llevas ese calor de lo viviente que se abraza y escucha el innumerable corazón de la espesura.

* * *

Lo incalculable vigilando el fuego. Todo rema en esa fina languidez de la alegría. Nadie lo sabe (gota, bagatela), antes niega esos centrales linimentos donde lo invisible se alimenta de nosotros, tejeduras, dintornos, vagas formas en el tapiz de la esperanza. Nada queda del amor sino nosotros. Y un calor sobre la pálida madera de los cuerpos que nacen

en aquella migración de maravillas, para volver, ya desnudos, deslumbrados, a la sencilla estancia de la tierra. Poco sabemos de lo que nos enciende y nos inventa. Poco podemos aprender en una vida. Nada queda del amor, sólo nosotros.

* * *

Una fiebre que consume y alimenta. Siempre aquella lumbre dolorosa y necesaria. Una y otra vez, el pan necio de la dicha. Aún el radiante ahogo de los que miran arder sus manos en medio de la noche y tiemblan y se abrazan porque saben que nada va a salvarlos, y se asfixian como dos peces en otro mar antiguo y necesario. Aún el brillo del amanecer en los ojos de un ahorcado. La hilaridad del lodo que se enciende sobre la tierra lleno de luz, lleno de horror y de perfume.

* * *

Apenas. Un segundo de semejanzas sumergidas en la piedra de un alcázar y dos monólogos de hueso. Brumas. Bellísimas preguntas que no caben en el cuerpo. Apenas. Una alhambra al despertar en las pestañas. Aquel lugar fijo en el tiempo de un patio de naranjos. Y el pétalo distinto de los tristes. Algo que nos quitó la paz pero que muy lejos yace en sus peldaños de giralda. Un marzo de trenes con arena y emociones amarillas en el lento corazón de los ahogados. Apenas algo incómodo y fugaz, equívoco y deprisa

que aletea y se nos muere. O lo que muerde sin saber el
paraíso.

* * *

La claridad de la tarde es un estanque de peces. Ventanas donde todo parece sumergido. Viajeros que pasan y se miran un instante de rápida viveza y luego siguen, van a fundar su reino de canciones y fotografías, de entre cielos. Te lo dije, se llenará de sangre tu boca en el umbral de la hermosura.

Descenderá tu mano hasta tocar este breve temblor de la lluvia tras la ventana donde algo te recuerda otros pasos en la nieve y escrita en un soplo de vaho la palabra herrumbre.

Una silueta envuelta en un abrigo. Te miro caminar mientras te alejas, junto a esa fuente seca, una vez más como quien vuelve de un viaje muy largo y llena con una sonrisa de humo un siglo de dolor y se despide.

Rocío Cerón

Habitar

Aquí,
donde sólo huele a verdor de tiempo ya añorado,
aquí, donde el pie cala hondo, y anida,
se suceden los estratos, en orden,
irremediables,
para seguir el olor de la sangre furente,
el mar de sombras.

En este justo sitio, anegado en sueños
—pasados ya el torrente del oprobio,
los paisajes de la superficie enverdigada—,
él desata la vergüenza y el conjuro:
huesos insepultos, rabia en triunfo.

Desde la ruina
—degollado el cirio por la tormenta—
soldados y putas miran el envés del hábito
(festín doloroso de siluetas, humareda de silencio).

Sobre el blanco, acribillado, el verdugo y su deseo,
transparente deseo que cubre el cuerpo,
polvo de los senos.

Aquí, en esta casa de ciegos tabiques, de clausuradas
puertas
desguinda el secadal, devora los huecos el llanto,
corren efluvios de ira (sólida estancia de báscula y peaje).

Al arribo de la fiebre la tierra se sacude; la hondura es de
rosa desaparecida,
de ausencia que él ha establecido, ¿dónde el centelleo de la
paloma?
¿dónde el ímpetu del fuego?

De pie, él mira la suspensión de la hoja, la transparencia de
la herida,
quedan abajo (sotierro) el párpado testigo, el presagio.

*

*Erigirse en fuego, en llama y deslizarse sobre la superficie
tal viento áureo y oleaje que trae a tierra los sargazos.*

Desciendo ahí, hasta donde no hay más sitio que uno
mismo.

Caída, no en vertical, no hacia los lados, sólo caída.

Cierro los ojos, aparto la luz y la mirada obscena de aquel
(anguila, lobo o truhán) se desliza por mi pecho. Escucho el
vahído de una intriga desmenuzándose en el aire.

Estoy colocado junto al derrumbe y el barullo. No yazgo, me
aprisiono. Soy un ciego con un medio: silencio —vía, trazo
donde se ocultan los rastros del lenguaje.

Contengo, no desfallezco (la muerte es pasadizo, fábula),
corto amarras y tomo bajo el brazo una suerte-mueca.

Echo de menos la sal y sus favores.

*

A falta de tierra, desnudo
sin firma ni signo de atadura,
acaso entre la falta y la velocidad del ala
del zancudo.

Aterrizas.

En tanto, el aire se desprende de las voces.

Cuantioso el infierno de los nombres.

No cargas más.

No más allá de esta calle, esta penumbra.

De las sombras has vuelto a este paraje,
sin una libélula en la frente.

Ni azul que desmaye en tu presencia.

Habitas en la precisión del instante:

Esa es tu certeza.

Yace aquí tu contenido,
el líquido difuso de tu paso.

Yerras, caes a tumbos.

No esperas.

La impaciencia es la deshonra del furtivo.

De bruces en el lodo, tus rodillas guarecen el estigma
que tu imperio necesita.

Estás más solo que la angustia.

Junto a las tarántulas náuticas y los reptiles
cansados de olisquear las formas
tu silueta regresa.

Incidencia en este vuelo a ras de angustia.
*El pasado no clarifica, no abriga a la piedad ni a los
momentos.*

Incidencia en tus ojos que trascienden al fuego.

No gastes la memoria.
Siéntate. Bosteza.

Adquiere temperatura y brizna en la nuca, en las sienas.
Acuérdate del jardín, del ala antigua que rozaba la frescura
de los cuerpos.

Desata los cordeles, los nudos, las hebillas,
anuda el enjambre de las venas a la huella de tus manos.
Aléjate de la vileza, del rencor y la envidia.
Cuida tus palabras.

*Toda alabanza posa su ruego en la cal: arcilla, forma asible:
presencia para*

deambular entre los muertos.

Siente la noche como fe carcomida por el tiempo.

*El rezago del miedo ha dejado sus hábitos en la frente del
autista; ese además, apenas contenido, es el mundo
escondido bajo el caparazón de las hogueras.*

Con pujo de vejiga, llano el dolor,
celebra en la orina.
Regresa a la santidad del huérfano,
ningún intento resbale por tus párpados.
Sé el entierro del sentido.

Desciende hasta donde sólo resta el lugar para uno mismo.
Ablándate y cae en cuenta: somos flor que se deshace.

*

Hablo de un quieto recuerdo que sostiene al mundo.
Hablo de ábsides y naves, de estructuras demudadas
que sostienen el hilo del aliento.

*Patria es un lugar tan lejano, y exacto, construido por los
ojos.*

Hablo de la voracidad del viento y pregunto por la historia
elusiva de mi rostro.
Hablo de un espacio:

Baño de espuma donde lilas estranguladas asoman su amor
sujetas a la espalda. Este abrigo de agua, este ejercicio de
materna estancia, con que cubro los signos de mi cuerpo es
la suave palabra que guarece al ángel de Betania.

Y no hay más fulgor que este baño diario donde el jabón y el
agua izan, día a día,
a la puesta del sol, el alma herida.

*Sonoro hombre que, bajo la ducha, entre bisagras, abres
los lamentos de tu cuerpo y clavas (anclas) tu corazón
anohecido en el vapor que vela por tus llagas.*

Hablo de un arraigo:
Habitar es un milagro posible gracias al aliento detrás de la
nuca
que inflama la memoria y los aleros.

Hablo de una certeza:
No han de borrar mi nombre del libro de la vida
ni esconder a su Oído el hambre de mi duda.

*Todo nudo es una mariposa ejerciendo una glosa de marzo
para izarse en un peldaño:
el cuerpo reviste las anotaciones del tiempo: en el borde, en
el salto, un muro estallado guarda en el polvo la sospecha.*

Recibiré una piedra blanca.
En ella encontraré el nombre que me habita.

Jorge Zalamea Borda (Bogotá, 1905-1969) es uno de los más apreciados poetas colombianos de la llamada Generación de Los Nuevos. Traductor, polemista y diplomático, recibió el Premio Casa de las Américas y el Lenín de la Paz. Entre sus libros figuran *El gran Burundú Burundá ha muerto* y *El sueño de las escalinatas*. La foto de la portada es del maestro Guillermo Angulo.

Alejandro Padrón (Cumaná, 1944) ha publicado los libros de relatos *Un cierto regreso* (2004) y *Zona de sombra* (2005). Escribe habitualmente para El Papel Literario de El Nacional y fue embajador de su país en Libia. Vive en Mérida, donde trabaja en la Universidad de Los Andes.

Marianne Larsen (Kalundborg, 1951) hizo estudios de literatura y chino en la Universidad de Copenhague y ha traducido poetas chinos a su lengua. Con la publicación de *Koncentrationer*, a los veinte años, se consagró como una de las más renovadoras poetas de su país. Ha recibido numerosos premios literarios, y viajado extensamente por Europa y el Oriente. Traducciones de Francisco Uriz.

Humberto França (Caruaru, 1952) es Maestro en Historia y dirige el Centro de Literatura de la Fundación Joaquim Tabuco en Recife. Entre sus libros figuran *A noite de um dia* (1998) y *Joaquim Nabuco, um pensador do Brasil* (2005). Traducciones de Horacio Castillo.

Alex Fleites (Caracas, 1954) vive en La Habana, donde ha publicado la mayor parte de su obra, entre cuyos libros de poemas figuran *A dos espacios* (1981), *De vital importancia* (1984), *Ómnibus de noche* (1995) y *Un perro en la casa del amor* (2003). Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, portugués, ruso, alemán y servio.

Francesco Simonelli (Mérida, 1963-2004), arquitecto y maestro en filosofía de la Universidad Simón Bolívar, enseñó diseño e historia de la arquitectura en la Universidad José María Vargas. **Patricia L. Boero**, directora de *Zona Moebius*, www.zonamoebius.com escribió la presentación del poeta recién fallecido.

Jorge Fernández Granados (México, 1965) ha recibido algunos importantes premios literarios de su país. Algunos de sus libros son *Resurrección* (1995), *El cristal* (2000), *Los hábitos de la ceniza* (2000).

Rocío Cerón (México, 1972), ha recibido el Premio Nacional de Poesía Gilberto Owen. Su libro más reciente es *Soma* (2003).

La foto de Jorge Zalamea fue cedida gentilmente por el maestro Guillermo Ángel.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

ENTRE NUESTROS AUTORES FIGURAN

Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Rowena Hill
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Li Bai
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Francisco Massiani
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva
Jader Rivera Monje
César Bisso